

ROLOWANDO Y LAS HORMIGAS SABROSAS

Por *Juanito Tyson-Flyn*

ROLOWANDO se sentó en cuclillas en la feria, junto a la cesta llena de hormigas secas. Los rayos del sol africano le caían en la cabeza y en la espalda. La abundante transpiración de su rostro rodaba por el mentón y caía en el polvo junto a sus pies. Junto con el calor y el polvo del mercado había olores..., algunos agradables, otros malos. Se sentía el olor de los mangos jugosos y maduros; el olor fresco de las hojas de hibisco que se usan como verdura; el olor de las mazorcas de maíz tierno, asadas, todo mezclado con el olor de gallinas, pescado, carne y cuerpos transpirados.

Al calor, el polvo y los olores se añadía el ruido: la risa y la charla de las mujeres, el llanto de los niñitos que aquéllas llevaban a la espalda, los gritos de niños y hombres, los chillidos

de los cerdos, el cacareo de las gallinas y el ladrido de los perros. Era un típico día de feria.

Rolowando no gritaba como los otros vendedores para atraer a los clientes. Su cesta de hormigas no necesitaba propaganda, porque las hormigas eran bocados codiciados. Rolowando había pasado mucho tiempo frente al gran hormiguero que había en la propiedad del bwana blanco, cazándolas a medida que salían.

El hormiguero, un montículo gris de más de un metro de altura, que parecía de cemento, estaba cerca del camino que pasaba frente a la misión. La nueva familia de misioneros consideraba ese montículo como un estorbo, de modo que el misionero planeaba destruirlo tan pronto como le fuera posible. Sabía muy bien que

no sería fácil, porque el montículo era duro como una roca. Se requería el trabajo de dos o tres días de varios de los muchachos de la escuela, para deshacerlo con azadas afiladas. Sería necesario encontrar a la reina del hormiguero y destruirla, o de lo contrario las hormigas repararían inmediatamente su estructura. Los muchachos y el bwana probablemente tendrían que cavar debajo de la superficie después de arrasar el montículo.

Antes de que el bwana se dedicara a la tarea de romper el hormiguero, las hormigas comenzaron a volar como solían hacerlo una vez al año. Fue en ese momento, cuando las hormigas se enjambraban, cuando Rolowando encontró el hormiguero y juntó las hormigas.

Rolowando encontró el hormiguero porque su mejor amigo se enfermó. De hecho, se enfermó tanto que los ancianos de la aldea decidieron llevarlo al hospital de la misión. Hasta entonces Rolowando había pasado muchas veces cerca del portón de entrada de la misión, pero nunca se había atrevido a cruzarlo. Ahora que su amigo se encontraba en el hospital, Rolowando decidió ver ese lugar extraño donde vivían los blancos, y también visitar a su amigo.

El hormiguero estaba junto al camino, frente a una de las casas grandes. Rolowando lo notó el primer día que fue al hospital. Las hormigas estaban precisamente saliendo del hormiguero y se echaban a volar. A Rolowando le brillaron los ojos. Se pasó la lengua por los labios y en su imaginación comenzó a saborearlas. ¡Las hormigas tenían un gusto tan delicioso!

Miró a su alrededor para cerciorarse si alguien de la casa grande lo estaba observando. Pensó que probablemente los blancos no estarían dispuestos a compartir las hormigas con extraños. Se sentó en cuclillas junto al hormiguero. Rápido como un relámpago cazó una hormiga por las alas y se la echó a la boca. Se comió varias. Hubiera comido más de no haber sido que un grupo de alumnos de la escuela se acercaba por el camino. Rolowando pensó que lo echarían. Sabía que no tenía derecho de comerse las



hormigas. porque estaban en la propiedad de la misión. Los muchachos pertenecían a la misión. Rolowando se escurrió detrás de un árbol y observó. Estaba seguro de que se detendrían y cazarían algunas hormigas. Uno de ellos metió un palo en el hormiguero, pero eso fue todo. Los muchachos no se detuvieron a cazar hormigas.

"Bueno, si a ellos no les importan las hormigas, serán para mí", se dijo Rolowando. De modo que trazó un plan. Cuando oscureciera, volvería a la misión y las cazaría. A la mañana siguiente las secaría al sol y las vendería en el mercado.

Esa noche Rolowando volvió a la misión. Llevó consigo un farolito, una lata con agua y un palo. El palo lo llevaba para protegerse. Tenía miedo. No le gustaba estar fuera de la aldea después de oscurecer, y su conciencia le decía que estaba robando.

Se acercó furtivamente al hormiguero. Luego se agazapó al costado de la casa grande. Todo estaba en silencio. Notó que las ventanas estaban abiertas y las piezas bien iluminadas.

Colocó su farolito en el piso junto a la entrada del hormiguero. Levantó un poquito la mecha para que diera más luz. Esa luz atrajo a las hormigas y éstas comenzaron a salir en enjambres. Rolowando las iba cazando tan rápido como le era posible, y las ponía en el balde, donde se ahogaban. Antes de mucho el balde estaba lleno de hormigas. Volvería a la noche siguiente para cazar más. Cuando estuvo listo para partir, oyó voces procedentes de la casa grande. Se agazapó donde estaba y escuchó.

"¡Qué es eso! -exclamó-, ¡el bwana está hablando al gran jefe!" A través de la ventana abierta podía ver a la familia del misionero arrodillada en un semicírculo con el rostro en dirección al lugar donde él se hallaba. Todos tenían la cabeza inclinada como él lo hacía cuando se dirigía a un gran jefe. Pero, ¿a quién le estaba hablando el hombre blanco?

Entonces Rolowando oyó que se mencionaba su aldea. "Danos sabiduría -estaba diciendo el misionero-, para que podamos dar el mensaje a la gente de la aldea. Para que podamos compartir con ellos el alimento espiritual. Ellos tienen hambre y nosotros tenemos tanto para dar. Te suplicamos que nos concedas tu bendición..

Rolowando no esperó más. Tomó su farol, su balde lleno de hormigas y su palo, y regresó a su aldea. Las palabras que había escuchado seguían sonando en sus oídos. "Que podamos compartir nuestro alimento. . . Ellos están hambrientos y nosotros tenemos tanto para dar". De modo que al bwana no le importaba que él llevara las hormigas. Estaba dispuesto a compartir su alimento. Rolowando sabía lo que significaba tener hambre. Muchas veces no había suficiente alimento. ¡Ahora el misionero blanco deseaba compartir su alimento con él!

Temprano en la mañana, Rolowando esparció sus hormigas sobre una estera para secarlas al sol. No le contaría a nadie dónde había conseguido esos bocados tan deliciosos. Todavía no revelaría el secreto. Primero obtendría todo el alimento que pudiera de la propiedad del bwana.

Rolowando tenía las mejores hormigas secas del mercado. Al final del día había en su bolsillo monedas que sonaban muy bonito. También le gustaba la sensación de plenitud que sentía en el estómago, después de haber comprado con ese dinero frijoles, pescado y fariña. Se enorgullecía de sí mismo.

Abrigaba sentimientos bondadosos hacia el bwana porque tenía la seguridad de que el hombre blanco se refería a él mismo, Rolowando, cuando había hablado de compartir el alimento.

Después de terminar su día en el mercado, Rolowando tomó su balde y se dirigió a la misión. Cada noche a la misma hora veía a la familia de misioneros blancos que se arrodillaba y hablaba a un Jefe que llamaban Señor. Rolowando nunca vio al jefe, pero le gustaban las palabras que el hombre blanco usaba, Aparentemente el propósito principal del bwana era ayudar al pueblo de Rolowando. Hablaba mucho de alimento y del pan de vida. Rolowando pensó que nunca había comido tan bien como desde que había descubierto el hormiguero en la misión. Ahora estaba obteniendo tanto dinero por la venta de las hormigas que no tenía ninguna dificultad en comprar cualquier clase de alimento que deseaba. Pero una noche, cuando Rolowando fue a la misión, encontró el hormiguero destruido. No podía entenderlo. Al día siguiente se aventuró a acercarse a la casa grande y, para su asombro, vio que el mismo hombre que había pedido a su Jefe que lo ayudara a compartir su alimento estaba arrancando el hormiguero.

¿Qué significaba todo eso? Rolowando estaba extrañado. Llevó su cesta de hormigas secas al mercado, y se sentó en cuclillas sobre el suelo polvoriento junto a ella. Le parecía haber sido traicionado. No se podía confiar en el bwana.

Mientras estaba allí sentado, pensando, tres de los muchachos de la misión se le acercaron. Quizás

venían a quitarle las hormigas ya que él las había sacado de la misión.

El más bajo de los muchachos dijo:

"A nosotros nos gustaría que vinieras a la misión antes de la puesta del sol esta noche. Queremos tener una fiesta. Habrá bastante comida para todos los invitados. ¿Vendrás?"

Rolowando apenas podía dar crédito a sus oídos. Aturdido, asintió con un movimiento de cabeza y observó a los muchachos que se dirigían a otros jovencitos de su edad que estaban en el mercado. Cinco de ellos fueron invitados. Rolowando llegó a la misión antes de la puesta del sol. En el patio, frente a los edificios de la escuela, fue recibido afectuosamente por los maestros, por el bwana y por los alumnos de la escuela. Este bwana era el mismo a quien él había oído hablando al Jefe.

Los cocineros de la escuela de la misión habían preparado una comida tal como Rolowando y los otros cinco muchachos nunca antes habían comido. ¿Era ése el alimento que el bwana deseaba compartir con Rolowando y su pueblo?

Cuando terminó la comida, el bwana habló acerca de su jefe, el gran Dios que vive más allá del firmamento, en la aldea del cielo. Rolowando aprendió que el gran Jefe se interesaba por él y por todo su pueblo. Eso era nuevo y confuso para Rolowando, pero decidió que volvería y aprendería más.

Rolowando volvió día tras día a la misión, El bwana había destruido el hormiguero, pero Rolowando recibió algo inmensamente más importante. El bwana compartió con él el pan de vida. Rolowando encontró en la misión no sólo alimento para su cuerpo sino también para su alma.